

**GEORGES BERNANOS Y SU ULTIMO LEGADO**  
**(LA REVOLUCION ESPIRITUAL CONTRA LA CIVILIZACION**  
**TOTALITARIA)**

POR

JOSÉ MIGUEL LECAROS

**I. Introducción**

Georges Bernanos fue un testigo excepcional de nuestra época. Nacido hace un siglo, y muerto hace solo unas décadas, pudo conocer una época decisiva de la historia contemporánea. Y observando la evolución del hombre actual pudo constatar las características de una profunda crisis de la civilización: la desespiritualización del hombre, la pérdida de la libertad en manos del Estado totalitario, el maquinismo, la sustitución de los valores cristianos por la eficiencia y el confort, el reemplazo del honor por el «realismo» político.

El ideario de Bernanos está contenido en una heterogénea obra que incluye novelas, piezas de teatro, discursos, artículos periodísticos y ensayos. En algunos textos, sus planteamientos están formulados expresamente. Se trata de los llamados «escritos de combate», el medio más propicio por medio del cual Bernanos explotó su pluma de polemista. Pero junto con esos «escritos», hay una obra literaria a través de la cual es posible desentrañar con aún mayor profundidad el ideario bernanosiano.

Como alguien ha dicho, cuando se va de los escritos políticos de Bernanos a sus novelas y a su obra literaria en general, se va de la periferia a la médula; de lo visible pero contingente a lo más invisible pero permanente. Ello es a nuestro juicio lo que explica en parte la idea generalizada del «cambiante» Ber-

nanos, cuyos postulados a lo largo de su vida habrían sido no solo distintos sino hasta contradictorios. Es que precisamente la mayoría de los lectores se quedan con el Bernanos político, que necesariamente debe cambiar de acuerdo con las circunstancias políticas. Pero no han visto —o han olvidado— al Bernanos moral, al que nunca cambió, al que se mantuvo imbatible frente a las amenazas y desafíos del mundo moderno.

Frente al centenario de su natalicio, hemos querido reinventar a Bernanos íntegro, sin desfiguraciones, etiquetas ni reduccionismos de ninguna especie, y, en especial, al Bernanos de los últimos años, al conferencista vehemente recogido en *La liberté pour quoi faire?* Hemos querido reiterar su diagnóstico de la civilización totalitaria que ha engendrado el hombre desespiritualizado.

## II. Un pensamiento coherente

Es necesario recalcarlo: el ideario de Bernanos es monolítico, un ideario propio de un católico de una pieza (1). Hablar de «cambios» es especialmente injusto en un hombre cuya virtud más evidente es haber logrado ser, en todo momento, fiel a sí mismo.

Veamos el caso de la Cruzada Española. Bernanos tuvo, frente a ella, una actitud polémica. Fruto de ella, tuvo un juicio más bien negativo hacia las fuerzas antitrepublicanas. Por desgracia, Bernanos no tuvo una comprensión adecuada del 18 de julio, reduciéndola, en *Les grands cimetières sous la Lune*, a un nuevo movimiento político, sin percibir los profundos valores religiosos que inspiraban a esas fuerzas y que estaban en juego.

Fue por ello que se ha tendido a percibir en Bernanos un ideario un tanto contradictorio, emanado precisamente de su erróneo juicio acerca de la Cruzada.

---

(1) El itinerario como político y novelista de Bernanos está claro en *Bernanos* de MICHEL ESTEVE, Hachette, 1981, 323 págs. Es un itinerario coherente, estrechamente vinculado por una misma cosmovisión moral.

Otro tópicos en el que se suele ver un «cambio» bernanosiano: su relación con Acción Francesa. La verdad es que Bernanos vio en Acción Francesa una oportunidad concreta de hacer resurgir la «antigua Francia». En la dirección de «L'Avant-Garde de Normandie, órgano local de A. F. en Rouen, Bernanos pudo desarrollar su nacionalismo, su monarquismo, su antidemocratismo y su antisemitismo (2). Bernanos rechazaba al agnosticismo de Maurras y gran parte de sus planteamientos, compartiendo prácticamente sólo su crítica a la democracia. Y cuando viene la condenación de Roma, lo que pide Bernanos es que los católicos comiencen a gobernarse a sí mismos. Trata de hacer de esa condenación una oportunidad para una «renovación espiritual» de Acción Francesa.

Pero Bernanos no abandona a la agrupación. En el peligro no podía abandonar a sus amigos. Era una cuestión de honor. Frente a una condenación llena de errores, generalizadora, imprecisa, en una palabra, injusta, el abandono le parecía un simple «oportunismo». Sólo posteriormente, «tras las dificultades», Bernanos se aleja de Acción Francesa al notar en ella un progresivo aburguesamiento, un progresivo debilitamiento del espíritu revolucionario, una progresiva primacía de la organización sobre el riesgo, del espíritu de conservación sobre el de conquista (3). Y es aquí cuando Bernanos percibe las insuperables distancias que lo sesgaron de Acción Francesa y en particular de Maurras, comprendiendo que sus aspiraciones de «convertit» a la agrupación monarquista no tenían en realidad el fundamento que al principio creyó que podían tener. En 1932 viene la ruptura definitiva por defender a François Coty —millonario, dueño de cuatro diarios, un solitario que se abrió de buena voluntad a Acción Francesa— de ataques de «plutocratismo» proveniente de

---

(2) «Visité España en el período pre-revolucionario. La conocí con un puñado de jóvenes falangistas, llenos de honor y coraje...» (*Bernanos et la politique*, SERGE ALBOUY, Editions Privat, París, 1980, pág. 221).

(3) Ver *Les dissidents de l'Action Française*, PAUL SERRAT, Editions Copernic, París, 1978, págs. 113-168.

la agrupación monarquista (4). Hubo, pues, aquí, un cambio respecto al movimiento en cuestión, no tanto emanado de una variación en el ideario de Bernanos, sino que de una más clara percepción de lo que constituía el objetivo y las motivaciones de Acción Francesa.

Se ha notado también una contradicción o un cambio entre la admiración de Bernanos por un antisemita como Drumont y un «dreyfussista» como Peguy. Nuevamente, tal contradicción es falsa. Desde 1901 en que el niño Bernanos queda impresionado con la lectura de *La Francia judía*, su antisemitismo fue más que nada expresión de su desprecio por el mundo del dinero. Es lo que admiraba —también desde sus primeros años— en, por ejemplo, Balzac. El antisemitismo bernanosiano entonces no es distinto del antisemitismo que pudo profesar León Bloy. Un antisemitismo razonado, fundado en la experiencia, un antisemitismo histórico, o político, si se quiere, pero en ningún caso un antisemitismo «teológico».

Por su parte, ¿qué admiraba Bernanos de Peguy? La mística del honor, el ideal caballeresco y católico de un San Luis y de una Juana de Arco. ¿Se puede decir por esa adhesión a Peguy que Bernanos haya sido en algún momento un socialista o que haya renegado de su postura frente a la cuestión judía?

Y las simplificaciones continúan arrojándose. ¿Cómo se explica que tras haber sido uno de los más convencidos exponentes de la resistencia, Bernanos se decepcione de la liberación? Nuevamente debemos ir hacia el fondo de las cosas. Bernanos criticó siempre el entreguismo y la mediocridad que vio manifestarse en los «acuerdos de Munich» y más tarde en el «armisticio de Vichy». ¿Qué veía en cambio en la resistencia? El espíritu del pueblo y de la infancia, el honor. La gran oportunidad para una restauración espiritual de Francia. Si luego Bernanos criticó la «ridícula jactancia» de la liberación y de la

---

(4) Durante seis meses se extiende la polémica Bernanos-Maurras. Luego confesaría a Dom Besse: «Me entregué a Acción Francesa en una edad en que la idea abstracta y el sentimiento forman una mezcla explosiva...» (*Bernanos et la politique, op. cit.*, pág. 87).

segunda post-guerra, fue precisamente porque pudo ver el triste espectáculo de una «Francia envilecida» que en medio de un optimismo superficial seguía amenazada por el peligro comunista. Así como en 1918 Bernanos trataba de hacer oír su voz en medio del «optimismo obscuro» que siguió a la gran guerra, frente a la liberación adopta una postura de crítica y decepción. ¿Era así infiel al espíritu de la Resistencia? Al contrario; precisamente así era fiel al espíritu de restauración espiritual que justificaba la resistencia. La actitud de Bernanos es natural y coherente: le parece imposible estar satisfecho con una Francia que ni ganó la guerra ni liberó a su país.

El ideario de Bernanos fue siempre el mismo. Lo que cambiaban eran las agrupaciones, o las necesidades históricas, o las amenazas. Así, por ejemplo, resulta perfectamente coherente su discurso antifascista de los años 1938-1945 con el más bien anticomunista de los tres últimos años de su vida. Bernanos está contra cualquier totalitarismo, y particularmente arremete cuando se trata de denunciar sus implicaciones prácticas. El marxismo sacrifica la libertad y la dignidad humana por una supuesta justicia social, como el fascismo lo hacía invocando un supuesto orden social. En ambos casos hay una amenaza contra los valores espirituales, un engaño materialista. En otras palabras, a lo largo de su vida, Bernanos privilegia sus ataques en una dirección u otra según las circunstancias, pero lo importante, el fundamento antitotalitario, permanece intacto.

### III. El espíritu de la infancia

Hay en el fondo de la actitud espiritual de Bernanos una verdadera «personalidad» propia. Es lo que él llamaba el espíritu de la infancia: el espíritu de mantenerse en el ser original, el espíritu de realizar los sueños, el espíritu de quien no quiere, y resiste, a traicionar los ideales de la infancia. La infancia es la vida antes del pecado. Es, del mismo modo que la agonía, la hora de la verdad, porque no es posible la hipocresía, no caben los pretextos ni las falsas apariencias.

Lo que Bernanos se impuso como un imperativo desde su misma infancia fue ser fiel a sí mismo, evitar ese disolverse en el mundo que afecta a las personas mayores. Ese santo odio que Bernanos expresa cuando evoca a la «gente seria» es precisamente expresión de su mirada infantil, única capaz de poner de manifiesto la hipocresía de aquellos que se engañan a sí mismos.

Ese espíritu infantil es honestidad, y la honestidad implica intolerancia con el error. La tolerancia en las ideas suele esconder la cobardía y un sinnúmero de egoístas intereses. De ahí el desprecio de Bernanos por los conservadores y los «bien pensantes»: los desprecia no por sus ideas sino que precisamente por ser infieles a sus ideas. Porque un católico no puede ser tolerante en las ideas, sino al contrario, «extremadamente dogmático, asqueado de los compromisos de ideas y de los retrocesos de principios» (5).

Una postura de tal naturaleza tiene sus costos. Bernanos los supo y los asumió. La intolerancia frente a las desviaciones de las distintas corrientes con las que tuvo alguna cercanía, hizo que el inconformismo fuera una nota consustancial a sus posturas. Y el inconformismo trae consigo aislamiento, soledad. Henri Massis lo ha expresado con palabras insustituibles: «su destino fue el de un solitario, su pensamiento el de un aislado; su vocación, llena de soledad, de destierro; su vida, la de un nómada; de la que renegaron o se decepcionaron todos» (6).

#### IV. Las expresiones políticas

A lo largo de su vida, Bernanos asume distintas posturas políticas frente a cada una de las diferentes circunstancias que le tocó vivir. Ello constituye un hecho absolutamente natural y ver en ello una serie de permanentes desviaciones es no comprender lo fundamental que había en su pensamiento.

---

(5) *Perfil intelectual de Bernanos*, JEAN DE FABREGUES, Rialp, 1966, pág. 65.

(6) *La vida intelectual en Francia en tiempos de Maurras*, HENRI MASSIS, Rialp, 1956, pág. 267.

Sin embargo, hay un hecho interesante sobre el cual no se ha reparado lo suficiente. Este es la progresiva evolución de Bernanos, quien con el paso de los años va privilegiando cada vez más un discurso moral y alejándose de posturas políticas contingentes. Lo que ocurre es que, como bien lo ha señalado Jean de Fabregues en el libro que le dedica, Bernanos no fue nunca un «seguidor» que fuera a remolque de agrupaciones, menos aún cuando —como en el caso de Acción Francesa— ellas terminaban siendo «infieles a su destino».

Durante su época de la Acción Francesa, Bernanos centra sus planteamientos políticos en cuestiones muy concretas y hasta contingentes. En esta época deposita su confianza en cuestiones que después le parecerían más bien «formales», prescindibles, como es la forma de gobierno.

En primer lugar, su pensamiento es un pensamiento nacionalista, que ve la trascendencia de una integridad no solo territorial, sino también étnica y cultural de la nación. Como lógica consecuencia de ese nacionalismo francés, surge su monarquismo, su ideal de una monarquía tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada. Sólo una monarquía con esas características es capaz, a su juicio, de generar unidad y continuidad, y, sobre todo, de estar dotada de la suficiente responsabilidad como para proteger a Francia de sus enemigos internos y externos y de salvaguardar la libertad y el interés nacional.

Por otra parte, en esta época es también claro su antisemitismo. Esta influencia —recogida de Dom Besse, Drummont y Daudet, entre otros— se explica ante todo como un rechazo a los judíos en cuanto representan una minoría racial ajena a las tradiciones nacionales, que simboliza, al mismo tiempo, la explotación capitalista y el enriquecimiento individual a costa del bien del país. Bernanos rechaza la sociedad fundada en el dinero, porque éste es signo de mediocridad, porque no engendra certidumbre.

Con el paso de los años, la línea gruesa de estos planteamientos se mantiene intacta. Solo varían las formulaciones. Sus invectivas contra el parlamentarismo van siendo reemplazadas por

un angustioso grito contra los totalitarismos. Su nacionalismo —al final de su vida— asume las características de verdadera fuerza sobre la cual debía iniciarse la reespiritualización de Europa, comenzando por la de Francia. Su antisemitismo va siendo sustituido por un discurso mucho más penetrante contra el materialismo y las sociedades de confort y de seguridad material.

Con todo —y hay que dejarlo en claro para desestimar de una vez por todas a quienes pretenden desfigurar en el sentido el ideario de Bernanos— nuestro autor nunca dejó de ser un profundo antidemócrata. Si durante las primeras décadas de su vida lo fue en cuanto identificaba a la democracia con el relativismo y el caos parlamentario fundado en el dinero, al final de su vida rechaza a las democracias por considerarlas verdaderas dictaduras económicas «esperando poder ser algo peor» (7), es decir, en camino a ser también dictaduras políticas. Mayor aún es su rechazo a la «derecha social», a los «sillonistas» o «demócratacristianos», a quienes durante sus últimos años califica de «cristianos sin cerebro, horrorizados ante la idea de que se los trate como reaccionarios (que) nos invitan a construir un mundo que se organiza deliberadamente, abiertamente, con todos los recursos, para prescindir de Cristo, para instaurar una justicia sin Cristo» (8).

Para Bernanos, las actualmente denominadas «democracias de masas» no son en verdad tales, sino dictaduras económicas partidocráticas que —al igual que los totalitarismos— han sacrificado la libertad en provecho de un mayor bienestar —real o supuesto, a estas alturas poco importa— que privilegia la igualdad. La democracia, «probablemente la palabra más prostituida de todas las lenguas» «significa mucho menos libertad que igualdad» ... «es infinitamente más igualitaria que libertaria». (9).

(7) *La liberté pour quoi faire?*, GALLIMARD, 1953, pág. 55.

(8) *La liberté pour quoi faire?*, *op. cit.*, pág. 165.

(9) *La liberté pour quoi faire?*, *op. cit.*, págs. 81 y 82. Incluso más, según Bernanos, «el Estado hitleriano no se diferenciaba esepcíficamente de ciertos Estados modernos que se pretenden democráticos» (*op. cit.*, página 163).



Con el paso de los años, Bernanos se da cuenta que el problema del hombre no es un problema de formas de gobierno sino un problema de civilización. Todo depende de la idea de hombre que se tenga, y tendremos una civilización cristiana o una civilización totalitaria.

## V. La desespiritualización del hombre.

La temática bernanosiana de los últimos años, la contenida en los volúmenes *Français si vous savez* y principalmente en *La liberté pour quoi faire?*, que a nuestro juicio es su mensaje definitivo y último, gira en torno a una gran característica de nuestro tiempo: el olvido de Dios y la consiguiente desespiritualización del hombre. El hombre moderno ha incurrido en la desesperanza radical que consiste en la indiferencia ante la verdad y el error.

Ese olvido y esa indiferencia se han dado en medio de un creciente poder sobre la naturaleza, el que ha dado al hombre la falsa creencia de que puede organizar su vida sin referencia a un destino trascendente ni a cualquier otra disciplina que no sea aquella que impone la vida colectiva. La felicidad es reemplazada por la organización eficiente; la perfección personal y el mérito son sustituidas por el imperativo categórico.

En este sentido, el hombre moderno ha incurrido en el peor de los pecados, que consiste en renegar de Dios, en cerrar las puertas a la gracia. Así, el hombre moderno ha incurrido en un deicidio, en un verdadero crimen contra el amor, cuya raíz debe encontrarse en el orgullo. Vivimos tranquilos porque nuestro orgullo ha llegado a ser tal que nos impide reconocer nuestras culpas. Y al no reconocerlas, somos indiferentes ante el mal y frente al pecado.

La única solución a esta anemia espiritual de nuestro tiempo, consiste en una revolución espiritual profunda, que devuelva al hombre la conciencia de su dignidad. Solo así podremos superar esta «desesperación radical» que consiste, precisamente, en no estar desesperados ante el mal.

## VI. La civilización totalitaria

La civilización cristiana ha sido reemplazada por la civilización totalitaria. El hombre, no queriendo asumir sus responsabilidades, ha abdicado de su libertad a cambio de la seguridad, la eficiencia y el bienestar que le ofrece un Estado cada vez más omnipotente. Por eso, «el mundo moderno es esencialmente un mundo sin libertad» (10).

Como dijimos, el problema que se presenta hoy es de determinar cuál es el tipo de civilización que debe integrar el hombre. Y ello implica definir una concepción precisa y real sobre el hombre. «El problema que se presenta hoy —decía Bernanos—, porque de su solución depende la suerte de la humanidad, no es un problema de régimen político o económico —democracia o dictadura, capitalismo o comunismo— es un problema de civilización»... «Una civilización inhumana es evidentemente una civilización basada en una falsa o incompleta definición del hombre». En concreto, «la civilización moderna está basada en una definición materialista del hombre que lo representa como un animal perfeccionado» (11).

Al olvidar a Dios, el hombre moderno intenta buscar una totalidad sin religión y ello lo hace vendiendo su libertad a cambio de eficiencia, bienestar y seguridad. La descripción de este intercambio de libertad por eficiencia y bienestar, de este proceso de desespiritualización, es elocuente: «todo seguirá, progresará en tanto vuestra industria y vuestros capitales os permitan hacer del mundo una feria, con mecanismos que giran a velocidades vertiginosas entre el batido de los cobres y la explosión de los fuegos de artificio. Pero aguardad, aguardad el primer cuarto de hora de silencio. Entonces escuchareis la palabra, no la que habeis rechazado y que decía reposadamente: "Soy el Camino, la Verdad y la Vida", sino la que asciende del abismo:

---

(10) *Ibid.*, pág. 113.

(11) *Ibid.*, págs. 90-91 y 100.

"Soy la puerta cerrada, la ruta sin salida, la mentira y la perdición"» (12).

El mundo moderno es un mundo sin libertad, que va a la perdición porque ha renegado de Dios y no reconoce otra regla que la eficiencia. Es un mundo que, en definitiva, y al estar organizado sobre una definición falsa o incompleta del hombre, constituye una civilización construida contra el hombre (13).

La evolución hacia el totalitarismo es correlativa a la pérdida de la libertad y, la pérdida de la libertad, la renuncia a la libertad en manos del Estado y de la técnica, es una enfermedad del hombre desespiritualizado. En efecto, la evolución hacia formas de organización cada vez más totalitarias tiene dos rasgos fundamentales: primero, el creciente poder del Estado moderno en perjuicio de la libertad; segundo, el progresivo desarrollo de la técnica en perjuicio de la vida. En ambos casos, es la desespiritualización del hombre la que ha hecho surgir el Estado totalitario. No es que el Estado moderno haya destruido la libertad, como se suele suponer. Es el hombre desespiritualizado el que voluntariamente destruyó la libertad, renunció a ella, y sobre las ruinas de esa libertad ha surgido, como un tumor, el Estado totalitario.

El fenómeno totalitario no ha surgido, por lo tanto, de la nada: «Se nos querrá hacer creer que el Estado nazi fue una especie de monstruo imprevisto... —decía Bernanos—. Pero el Estado hitleriano no se diferenciaba específicamente de ciertos Estados modernos que se pretenden democráticos, en vías de disolución hacia la forma totalitaria y concentracionista» (14). El fenómeno totalitario surge paulatinamente como un sucedáneo monstruoso de los cuerpos intermedios destruidos por el liberalismo (15). Incluso más: no solo está presente en los Estados marxistas o reconocidamente totalitarios, sino también en los llamados Es-

(12) *Diario de un cura rural*, Biblioteca Universal Caralt, 1976, página 23.

(13) *La liberté...*, *op. cit.*, pág. 49 y 249.

(14) *Ibid.*, pág. 163.

(15) *Ibid.*, pág. 122.

tados «liberales» o «democráticos», en los que la libertad va siendo perdida paulatinamente en beneficio del Estado, a pretexto de la igualdad y el bienestar. Así, entre los distintos Estados hay muchas veces más que nada oposición económica, pero no ideológica: «Todo hombre que piense ha comprendido que América y Rusia se oponen más económicamente que ideológicamente» (16); «el capitalismo y el totalitarismo no son sino dos aspectos de la primacía de lo económico» (17).

Lo que ocurre es que el fundamento del totalitarismo radica, no en determinadas instituciones políticas o jurídicas, sino en el materialismo envolvente que ha reducido al hombre a la condición de un animal perfeccionado.

En el Estado totalitario, la indiferencia ante la verdad y la mentira ha hecho que el hombre ya no juzgue y al no juzgar no se comprometa. Es la propaganda, el partido, la utopía de turno, la que piensa por el hombre. «El simple ejercicio del pensamiento deviene cada día más difícil, porque el mundo concentracionario en formación en el que vivimos nos impone el pensar masivamente...», «pensar libremente cuesta ya muy caro y en ciertos países ha rebasado todas las posibilidades adquisitivas porque cuesta la vida» (18). En las democracias, por ejemplo, el pensamiento individual y libre es cada vez más difícil: «Es el partido quien decide, por ejemplo, cuáles son las injusticias que deben indignar y cuáles otras deben dejar indiferentes» (19).

Otro rasgo predominante de la civilización totalitaria moderna es el maquinismo. En su búsqueda frenética por la eficiencia y el bienestar, el hombre moderno ha tergiversado su concepción de la sociedad, cayendo en el error de creer que una sociedad funciona como una máquina. Si el liberalismo creyó que la sociedad funciona sola, el comunismo la hace funcionar a la fuerza. «El comunismo, como el liberalismo del siglo XIX, pre-

(16) *Ibid.*, pág. 53.

(17) *Ibid.*, pág. 193.

(18) *Ibid.*, pág. 55.

(19) *Ibid.*, pág. 144.

tende un paraíso mecánico en la tierra...». «Ahora se quiere hacer el hombre mecánico, el robot» (20).

Lo que ha hecho la civilización moderna es romper el equilibrio natural entre el poder del Estado y la libertad del individuo. Y esa ruptura, consecuencia del progresivo poder del Estado, es obra de la invasión del maquinismo. El mundo de hoy se sustenta sobre una organización cada vez más estandarizada, disciplinada y «racional» de la vida del hombre.

Sin embargo, Bernanos es claro: «el mal no está en las máquinas; está o estará en el hombre que la civilización de las máquinas está formando. La máquina desespiritualiza al hombre al mismo tiempo que acrecienta monstruosamente su poder» (21). En la línea de Simone Weil, de un Berdiaev o de G. Marcel, Bernanos dirige una fuerte acusación contra la civilización megatécnica: la técnica reduce al hombre al estado de un robot y acrecienta monstruosamente su poder. La estandarización atenta contra su libertad y hace del hombre un ser cada vez más esclavo de las oligarquías tecnológicas y tecnocráticas, esa «pequeña aristocracia de ingenieros y policías» de que hablaba Bernanos en «Le grand peur des bien pensants».

No hay aquí una especie de romanticismo naturalista al estilo de un Gandhi. Bernanos sabe —y reitera— que el mal no está en las máquinas, sino en que ellas están configurando una amenaza cada vez mayor contra la libertad del hombre y su vida interior. Bernanos no está contra el progreso material sino contra el viejo sueño decimonónico de convertir en religión el progreso material. No está contra la multiplicación de las máquinas sino contra el hecho de que el hombre carezca de otro fin que la fabricación de más máquinas, cada vez más perfectas. Lo que hace Bernanos, en última instancia, es lanzar un grito preventivo a una humanidad embriagada de progreso y bienestar, acerca del peligro que representa para la vida y la libertad del

(20) *Ibid.*, pág. 110.

(21) *Ibid.*, pág. 136.

hombre la existencia de una técnica que está convirtiendo al planeta en un gigantesco laboratorio y reduciendo al hombre al estado de un robot con poderes insospechadamente crecientes.

## VII. La esperanza y el optimismo. La indiferencia

La descripción que hasta ahora hemos hecho del ideario de Bernanos, sobre la base de algunos aspectos fundamentales de sus últimos pensamientos, podría llevar a la falsa creencia de que Bernanos fue un pesimista, un hombre desesperado que no veía salida alguna al problema de la civilización moderna. Nada más falso, sin embargo. Todos los escritos de Bernanos trasuntan una esperanza profunda en el hombre, en su posibilidad de regenerarse espiritualmente y salir del túnel oscuro que representa la civilización moderna.

El hombre no puede desesperar. Al contrario, la esperanza es un imperativo irrenunciable. En este sentido, Bernanos se sitúa en las antípodas del existencialismo ateo, si bien, por su compromiso con la existencia, nuestro autor ha sido con toda razón calificado como una suerte de existencialista cristiano, en el sentido en que lo pueden ser un Peguy o un Claudel.

Sin embargo, la esperanza no debe ser confundida con el simple optimismo. La esperanza se conquista cuando se va más allá de la desesperación. Es la desesperación superada. «Cuando se llega al final de la noche —escribía Bernanos— se vuelve a encontrar otra aurora» (22).

El optimismo, en cambio, es una falsa esperanza, es una forma ladina de egoísmo, una manera de desolidarizarse de la desgracia del otro, de no asumir las responsabilidades. El optimismo es una coartada del egoísmo y constituye un «fraude universal de la verdadera esperanza». El optimista es aquel que renuncia a profundizar en la vida, en los misterios de la fe, basado en la creencia —consciente o inconscientemente falsa— de que «todo se arregla solo».

---

(22) *Ibid.*, pág. 15.

En este sentido, el optimismo y la indiferencia constituyen las formas más torpes de desesperación, puesto que implican aceptar que se construya una civilización contra el hombre: El hombre, la humanidad, no puede caer en esa fría indiferencia. Menos aún el cristiano. El cristianismo debe ser la fuente más pura y profunda de la verdadera esperanza; pero al mismo tiempo debe rechazar violentamente cualquier optimismo irresponsable. Por eso, Bernanos rechaza a los cristianos que cómodamente evaden sus responsabilidades apelando a una ilusoria visión de progreso que esconde en realidad una inconfesada desesperación: «no es verdad que la víctima tenga derecho a ofrecer el cuello al degollador, porque la visión de la sangre derramada corre el riesgo de despertar en todas partes a la bestias que yacen soñolientas en las conciencias» (23).

### VIII. La revolución espiritual pendiente

La única solución, la única salida a la situación a que nos ha llevado la desespiritualización progresiva del hombre —ya lo adivinará el lector— no puede ser sino la reespiritualización del hombre. «¿Qué espero?» afirmaba Bernanos en una de sus últimas conferencias, tras haber trazado el diagnóstico de la civilización moderna—: «una movilización general de todas las fuerzas del espíritu, con el objeto de devolver al hombre la conciencia de su dignidad». «Es necesario, primero y ante todo, reespiritualizar al hombre» (24).

Es necesario que el hombre comience de nuevo a creer en su dignidad, lo cual primeramente exige acordarse de Dios. Contra la crisis del honor que ha generado una sociedad que exalta la eficacia y el dinero, reduciendo el verdadero honor a las dimensiones de un mero refinamiento, o de una afectación anacrónica. Contra la crisis de la verdad que ha sucumbido en manos de la opinión, el conformismo, la propaganda y las ideologías. Contra

(23) *Ibid.*, pág. 105.

(24) *Ibid.*, pág. 118.

la crisis de la libertad que hace a cada vez más personas preguntarse como Lenin, «la libertad, ¿para qué?». Contra todo ello, es necesario iniciar de una vez la impostergable revolución espiritual que el mundo moderno exige a gritos.

Una revolución total, que ahonde mucho más allá de los meros cambios políticos. Que no encuentre satisfacción en las mejoras económicas o sociales de la población. Esa revolución, será una revolución espiritual, cuyas bases no serán las ideologías ni las doctrinas políticas, sino que invocará y se sustentará en los niños, los pobres, los santos y los mártires. Una revolución elitista, hecha por «un puñado de hombres libres», por una minoría resuelta, como han sido a lo largo de la historia, los gestores de todas las verdaderas revoluciones.

Ese es el último grito de Bernanos. Un grito esperanzado —no «optimista»— que es la síntesis de sus ideales. El legado de Bernanos es el ideal de un católico de una pieza que se enfrenta a una civilización crecientemente materialista y antihumana. La revolución espiritual de Bernanos todavía está pendiente y su llamamiento sigue vigente.